

Pequeñas virtudes del BEATO DIEGO JOSÉ DE CADIZ

¡Vamos tras él!

Celebrándose este año de 1943 el segundo Centenario del nacimiento del Beato Diego José de Cádiz, del gran apóstol capuchino que llenó con su portentosa vida la historia de España en la segunda mitad del siglo XVIII; del gran coloso que dio, solo, la batalla a la impiedad reinante; del vidente, que adivinó el porvenir que estaba reservado a la nación católica por antonomasia y la preparó para que realizara la epopeya de la independencia; del infalible misionero, que recorrió de mar a mar los cuatro ángulos de la península Ibérica, predicando el Evangelio con palabra de fuego, reduciendo con su avasalladora elocuencia a miles y miles de pecadores, obrando infinitas maravillas, y perfumando con el aroma de sus virtudes los pueblos y las ciudades de España.

Como homenaje de admiración y cariño el Beato, que supo realizar de forma mara-

villosa el tripe ideal de sus primeros años, de ser capuchino, misionero y santo, vamos a presentar a los lectores de EL ADALID SERÁFICO unos cuadros o bosquejos de sus virtudes, a fin de que puedan honrarle del mejor de todos los modos: imitándole.

Tenemos el admirable ejemplo del Beato Diego en sus pequeñas virtudes que nos alienta a seguirle para subir el monte de la perfección: ¡vamos tras él!

¿Imitarle? ¿Emular al gigante en la práctica de sus heroicas virtudes, de su ardentísimo celo, de su ferviente palabra, de su oración altísima, de sus asperísimas penitencias, tan ásperas, que solo recordarlas estremece? ¡Imposible!

-¿Imposible? Veamos.

La santidad es como una

elevada montaña, con una de sus laderas cortada a pico; pero la otra, partiendo del fondo de la llanura, va elevándose poco a poco, y pasando por suaves colinas, por elevados promontorios y por empinados cerros, llega a alcanzar sus más altas cumbres. Subir a esta montaña por el lado cortado a pico es, naturalmente, imposible; mas si intentáis hacerlo por la otra ladera, subiréis fácilmente a las colinas, superaréis con algún trabajo los promontorios, venceréis con mayores dificultades los escarpados cerros, y llegaréis, finalmente, a la anhelada cima. También se compara la santidad a una torre alta, provista en su interior de una escalera para subir arriba. Naturalmente, si pretendierais subir a esta torre por fuera, de un salto, no lo conseguiríais; mas si tomáis la escalera que hay en su interior, podréis subir a lo alto.

Los santos, que nos fueron dados como modelos que

imitar, subieron a la cima de la santidad, generalmente, no de un salto, sino paso a paso. Entre ellos los hay que corrieron a pasos de gigante, y no faltan (para Dios no hay nada imposible) quienes, como un S. Pablo o una Magdalena, fueron de pronto elevados a una gran santidad.

Lo que dijimos de la santidad, podemos afirmarlo de los santos. Podemos considerar los bajo dos aspectos. El uno, que podemos llamar divino, nos los presenta en toda su imponente grandeza, con las gracias y carismas extraordinarios que Dios les concedió y con las obras portentosas que ellos realizaron: si los contemplamos bajo este aspecto, nos parecerán sencillamente sublimes y su vista producirá en nosotros, viendo nuestra poquedad y miseria, una impresión más bien deprimente, sintiéndonos del todo impotentes para llegar hasta ellos. Mas si los contemplamos por el otro lado, que llamaremos humano, su grandeza no nos sobrecoge, su santidad no nos espanta: los vemos tan humanos, tan cerca de nosotros, que sus ejemplos son acicate que nos estimula a seguirles, subiendo en pos de ellos al monte de la perfección.

El Beato Diego de Cadiz, gigante entre los gigantes de la santidad, nos muestra como pocos esos dos aspectos: el aspecto divino, por el cual aparece como hombre extraordinario, enviado por Dios para salvar a España de la impiedad, poderoso en palabras y en obras, taumaturgo en gran escala, y santo con esa santidad extraordinaria que, al contemplarla, nos hace exclamar extasiados: ¡cuán admirable es Dios en sus santos! Y el aspecto humano, por el cual se nos presenta tan amable, tan atrayente, de una santidad tan fácil, al parecer, que nos invita a ir subiendo con él, 'grado por grado y paso tras paso, hasta llegar a la cima de la santidad.

Esto nos ha movido a escribir estos artículos, en los cuales queremos presentar al Beato Diego en su aspecto humano, como modelo de algunas de esas virtudes que hemos llamado «pequeñas», no porque carezcan de importancia, sino porque, com-



paradas con las principales o cardinales, son como otros tantos satélites o planetas que giren alrededor del sol.

Es evidente que el elemento principal en los santos, y en el Beato Diego, es, la gracia divina, que, por lo demás, como nos enseña la teología, tampoco nos falta a nosotros en el grado suficiente. Pero otro elemento viene a juntarse al primero en los santos, y en nuestro Beato, y es la fiel correspondencia a la gracia, poniendo todo lo que está de su parte para cooperar con ella, y esforzándose por destruir todos los estorbos que pueden entorpecer la acción de Dios en su alma.

Tenemos, pues, la gracia suficiente para subir al monte de la perfección: tenemos el admirable ejemplo del Beato Diego, en sus pequeñas virtudes, que nos alienta a seguirle. ¿Qué nos falta para subir al monte santo como el Beato? Corresponder con fidelidad a la gracia, practicar las virtudes como él las practicó: ¡vamos tras él!

Fr. Buenaventura de C. Vega
El Adalid Seráfico, marzo de 1943